

Mano de obra, población rural y mentalidades en la economía de tierras abiertas de la provincia de Buenos Aires. Una vez más, en busca del Gaucho

Eduardo Míguez *

Todo a lo largo de los siglos XVIII y XIX, las fuentes que utilizamos los estudiosos del mundo rural bonaerense parecen confrontarnos con una paradoja. Todo aquello que podemos calificar de "fuente cualitativa" nos pinta al gaucho como el típico personaje de las pampas. En cambio, es inútil buscarlo en censos y padrones. No sólo, comprensiblemente, no se corresponde a ninguna de las categorías utilizadas por los empadronadores; tampoco la estructura demográfica o laboral nos presenta un conjunto suficientemente amplio de población adulta, masculina, soltera (o sola) y sin ocupación, como para formar las legiones de gauchos que uno debería presumir a partir de las otras fuentes. Más aún, si convenimos en que el gaucho tiende a desaparecer como fruto del "progreso" y del cierre de la frontera, resulta que los únicos candidatos que nos presentan los censos a ocupar ese papel -los peones rurales solteros- son mucho más frecuentes a medida que avanza el siglo XIX que en los períodos más tempranos, y más frecuentemente entre los migrantes ultramarinos que entre los nativos.

Esta paradoja, puesta en el centro de polémicas por la renovación de los estudios de historia agraria referida al período tardocolonial e independiente temprano en buena medida vinculada a los trabajos de Juan Carlos Garavaglia, no es exclusivamente relevante para los estudiosos de ese período. El problema mantiene su vigencia temporal en la medida que la mantiene la escasez de trabajo y la figura del gaucho -y recordemos que la pintura arquetípica del personaje, *Martín Fierro*, data de 1872, en tanto que su difusión popular se continuará en el género criollista por varias décadas. Y en ambos casos, presentados como dramas contemporáneos y no como cuadros históricos, como nos ha recordado A. Prieto. Así, como estudioso de la segunda mitad del siglo XIX, en nada siento ajeno este tema a nuestras preocupaciones. Más aún, creo que los aportes de nuestros vecinos que abordan el período anterior son particularmente enriquecedores para nuestras propias interpretaciones.

* Instituto de Estudios Histórico Sociales "Prof. Juan Carlos Grosso", UNCPBA.

Igualmente, creo que puede resultar útil intentar mirar las postrimerías del siglo XVIII y la primera mitad del XIX en una perspectiva que abarque las tierras de frontera en la segunda mitad del siglo; ese salto de cerco tantas veces pregonado y tan poco practicado por quienes habitan ambos lados de esa invisible frontera.

El enfoque que elijo, entonces, es el de la continuidad de algunos caracteres estructurales y de ciertos procesos económicos en el ámbito pampeano. No pretendo con ello borrar las diferencias, muy marcadas en varios aspectos. Sólo intento ver hasta qué punto puede resultar esclarecedora una perspectiva que no parta a priori del límite de 1850.

En este sentido, los estudios de la segunda mitad del XIX han adoptado un enfoque diferente respecto al que domina entre los estudios del período tardocolonial e independiente temprano. En parte, quizás porque se ha considerado que la modernidad pampeana nace con la caída del feudalismo rosista, y porque se supone que el lenguaje de la economía sólo es relevante para el capitalismo moderno. Quizás porque los estudios del período tardocolonial e independiente temprano se han inspirado en matrices conceptuales distintas de la de la economía clásica. Lo cierto es que por lo general los estudiosos de la segunda mitad del siglo hemos centrado nuestras discusiones en términos de la racionalidad empresaria y económica, en tanto que buena parte de la polémica sobre la primera mitad del XIX gira en torno a problemas de estructura social. Así, el problema económico central de la abundancia o escasez de fuerza de trabajo ha sido con mucha frecuencia abordado en relación a la no menos interesante "paradoja del gaucho" que mencionaba al comienzo; vale decir, en las manifestaciones sociales de un problema económico. Permítaseme en los párrafos siguientes intentar abordar la cuestión utilizando, metafóricamente, el lenguaje de la racionalidad económica. No supongo ni pretendo que éste describa la conducta de los contemporáneos, pero quizás dibuje una caricatura que ayude a hacerla inteligible.¹

Una última aclaración (o justificación, como se quiera). Dado el formato de este texto, destinado a constituir con otros un dossier polémico, he creído conveniente obviar las citas eruditas y, lo que es más lamentable, restringir enormemente los ejemplos e ilustraciones. Popper nos ha recordado que la ciencia está hecha de audaces conjeturas. A los historiadores, condenados por los epistemólogos (y por Veyne) al estudio de lo particular, sólo se nos permite alguna generalización que no podremos probar, sólo ilustrar con ejemplos de casos favorables, o debilitarla con ejemplos de casos en contrario.² En general esta "condena" nos permite ser más claros y amenos (diría también precisos, pero con esa precisión que sólo permite el lenguaje común, y no la construcción de un lenguaje formal). En esta oportunidad, temo que me comportaré de manera más "teórica", abusando del lenguaje formal, y ahorrando los numerosos datos y ejemplos que tenía en mente al enunciar ciertas ideas. Estas ilustraciones, extraídas del trabajo de mis colegas y de mis propias investigaciones, serán sin duda conocidas para quienes se hallan familiarizados con la bibliografía del tema; me temo que los demás deberán confiar en mis palabras.³

¹ Posiblemente, porque nosotros sí estamos sometidos a esa lógica.

² ¿Pero no es eso lo que hacen todos los científicos, como nos recuerda el mismo Popper?

³ Hubiera deseado dedicar una sección específica de esta nota a aportar información relevante a estos temas sobre Tandil, ese rincón de la Pampa que mejor conozco, pero ello requeriría no menos que duplicar la extensión de mi aporte, ya de por sí abusivamente largo, por lo que deberé dejarlo para otra oportunidad.

Quienes hemos estudiado la llamada "Gran Expansión", tenemos un acuerdo bastante generalizado sobre el carácter escaso de la mano de obra, al menos en un largo período que abarca toda la segunda mitad del siglo. Creo, sin embargo, que con frecuencia en el análisis de este problema, tanto para el período tardocolonial e independiente temprano, como para la segunda mitad del siglo, se confunden dos cuestiones bien distintas. Por un lado, tenemos lo que podemos denominar la escasez estructural de mano de obra; por otro, lo que denominaría la escasez coyuntural. En toda América, estos problemas tienen un origen en el conflicto interétnico de la conquista. En una sociedad donde una élite migrada se enseñoreó sobre una población nativa en principio más numerosa, la disponibilidad de fuerza de trabajo depende de la capacidad de esa élite de someter a grandes masas de población nativa. Donde esto fue posible -México, Perú- surgen economías con una relativa abundancia de trabajo. Donde no -las colonias francesas y británicas de América del Norte, las portuguesas y españolas del litoral suratlántico- surgen economías con escasez estructural de mano de obra.

Es algo ampliamente repetido, pero más allá de que se trata de una evidente sobresimplificación. ¿Qué validez tiene esta afirmación? De que en esas sociedades la densidad demográfica era muy baja, especialmente en relación a la disponibilidad de recursos naturales (fertilidad de la tierra, fundamentalmente), es más que evidente. Constituyen lo que la demografía histórica denomina centros de baja presión demográfica, que atraen constantemente población procedente de áreas más densamente pobladas. El solo hecho de que en economías de antiguo régimen estas regiones se encuentren relativamente libres de crisis demográficas de subsistencia atestigua sobre su baja presión poblacional. También, el que sean zonas de inmigración. El ritmo de llegada de los nuevos pobladores es regulado por eventos en las zonas de emisión, la eficacia de los diversos mecanismos migratorios, y las ventajas relativas que ofrece la zona de recepción. En el contexto pampeano, estas últimas parecen haber dependido de la rapidez del desarrollo de los recursos naturales la que a su vez se encuentra ligada a la demanda externa de sus productos agropecuarios. Esta parece haber dependido, fundamentalmente, de la tecnología del transporte. Obviamente, además, los cambios tecnológicos en la producción también afectaron el desarrollo de los recursos naturales. En síntesis, desde el punto de vista demográfico, no hay duda de que se trata de una zona crónicamente despoblada, con una tendencia al crecimiento poblacional de largo plazo. Un crecimiento regulado por un saldo vegetativo favorable -reforzado por la mencionada ausencia relativa de crisis de subsistencia- y sobre todo por la inmigración. Esta última, a su vez, adaptada al ciclo económico.

Este análisis de tono demográfico puede reforzar los argumentos más estrictamente económicos que siguen. En un sistema donde la capacidad de incorporar unidades de capital es muy limitada, la única posibilidad de expandir la producción y la ganancia es aumentar las unidades de trabajo. La disponibilidad de tierra sólo afecta cuando el efecto de los rendimientos decrecientes llega por debajo del mínimo necesario para la retribución de la familia campesina, o de los trabajadores rurales.⁴ En otras palabras, cuando incorporando más trabajo sobre la tierra disponible, no se logra incrementar suficientemente la producción como para retribuir al trabajador y obtener una ganancia. Este, sin duda, no era el caso

⁴ Digo así porque como es sabido, ese "mínimo de retribución" obtenido por trabajadores o campesinos dependientes, por sus labores rurales, puede, en ocasiones, incluso ser inferior al mínimo de subsistencia, gracias al complemento por otro tipo de actividades de la unidad doméstica.

pampeano en los siglos XVIII y XIX. Incluso, en condiciones como aquéllas, la incorporación de mano de obra seguramente está sujeta a rendimientos crecientes. Vale decir, aumentando el número de trabajadores, no sólo incremento la producción global, sino también la productividad de cada trabajador. Ante todo, por la mejor absorción de los costos sociales fijos -sistemas de transporte, seguridad, sociabilidad, educación, salud, etc.-⁵; y subsidiariamente por la posibilidad de efectos positivos de la cooperación en el trabajo, aunque esta fuere rudimentaria. También podían aparecer economías de escala, y quizás disponibilidad de tecnología más eficiente, que requiriera de un umbral de mano de obra. Así, no cabe duda que, visto desde la perspectiva del mediano y gran propietario que emplea mano de obra, en el sistema económico en su conjunto predomina la escasez de trabajadores, ya que la incorporación de mayor cantidad de estos hubiera permitido un incremento de la producción y las ganancias, y quizás incluso de la productividad.

Pero esto se da en torno a la definición del sistema económico, y no en torno a su operacionalidad. Vale decir, dado un determinado nivel disponible de mano de obra, se desarrolla un sistema de producción adaptado a dichas condiciones. A partir de allí, la escasez o abundancia de mano de obra en cada coyuntura se mide en relación a las demandas de ese sistema de producción -la disponibilidad o falta de trabajadores concretos cuando se los necesita- y no de las posibilidades hipotéticas de un crecimiento absoluto de la oferta. Así, puede haber coyunturalmente desempleo en una economía de escasez estructural de trabajadores, o falta de brazos -por ejemplo, ante una cosecha extraordinaria- en una economía sobrepoblada. Esto, sin embargo, no debe llevarnos a suponer que la escasez estructural de trabajadores es por lo tanto irrelevante. Ella marca el contexto general en que se desarrolla la economía, con algunas consecuencias muy concretas; por ejemplo, la llegada constante de nuevos trabajadores sólo altera coyunturalmente al sistema, que en el mediano plazo los absorbe, sin afectar coyunturas futuras -por más que sigan llegando migrantes, siempre hay peligro de escasez-, y afectando a la estructura sólo en el largo plazo.⁶

Las fuentes, claro, no contribuyen a aclarar el problema. Podemos encontrar testimonios de trabajadores que no consiguen conchabo y, con mayor frecuencia, de estancieros que no consiguen trabajadores. Con mayor frecuencia, digo, ante todo porque la voz del estanciero es ostensiblemente más audible en las fuentes que la del trabajador. Pero también porque en una situación de escasez estructural, debe predominar una suboferta de empleo de manera coyuntural también. Sin embargo, cuando un estanciero declara que no consigue peones para realizar tal o cual tarea, nos está hablando sobre la oferta de trabajo en un momento y lugar concreto, y no sobre la estructura de la oferta en el mediano o largo plazo. Prueba de ello es que la tarea que corre peligro de dejar de hacer por falta de trabajadores es una tarea que habitualmente realiza; es decir, habitualmente dispone de trabajadores para

⁵ Esta formulación puede parecer un tanto anacrónica pensada en referencia a la primera mitad del siglo XIX o fines del XVIII. Pero el aislamiento tiene costos específicos en todos estos rubros aún en esa época. Peligro de malones, falta de caminos, chasquis o mensajerías, lejanía de la pulpería o del curandero -que implicaban pérdidas de días laborables sólo para llegar hasta ellos-, etc., etc. Estos factores disminuyen la productividad del trabajo incrementando su costo.

⁶ Los argumentos que aquí comento, como varios otros de este texto, buscan terciar -y en ese sentido, son fuertemente tributarios de- en la rica polémica que sobre el particular han desarrollado varios autores, pero especialmente Carlos Mayo y Jorge Gelman.

hacerla. Si no fuera así, terminaría por abandonar la tarea para siempre, y la falta de peones dejaría de ser un problema digno de mención. A la inversa ocurre con el intento de medir globalmente la oferta y demanda de trabajo. La estimación de la demanda se puede efectuar sólo sobre la actividad económica existente, la que a su vez se halla regulada por la disponibilidad de trabajo. Sobresimplificando, si mido la cantidad diaria de trabajadores que necesito para construir paredes a partir de la cantidad de paredes que he construido en un día, siempre llegaré a la conclusión de que tengo la cantidad exacta de trabajadores que necesito. La pregunta es, ¿no se podían criar más vacas, y exportar más cueros y sebo, y cosechar más trigo, y criar más ovejas, en suma, producir más y ganar más, incorporando más trabajadores? La falta de mercados, claro, podría haber sido un obstáculo -seguramente lo fue, al igual que el costo del transporte, para la producción cerealera-, pero la incesante expansión de la economía durante todo el período sugiere que no lo fue tanto.

Claro, no todo es tan simple. Si existe una escasez estructural, como yo creo, la tendencia a largo plazo debe ser al crecimiento del empleo -lo que es atestiguado, por ejemplo, por la inmigración, primero de las provincias del interior, y posteriormente ultramarina. Esto implica que las estancias incorporaban una cantidad creciente de trabajadores, y así, la escasez estructural debió provocar, como se ha dicho, con mayor frecuencia escasez que abundancia coyuntural de brazos. Al menos, en la medida en que estamos en una economía de expansión en el espacio y en la intensidad del uso de los recursos naturales. Aunque reconociendo la disparidad de ritmos, nadie parece poner esto en duda para los siglos XVIII y XIX. Pero si en esto tiendo a coincidir con argumentos de Carlos Mayo, prefiero en cambio pensar la causalidad entre escasez de trabajo y formas de vida alternativas al mercado laboral de manera inversa a la que él nos propone.

En efecto, Mayo argumenta que hay pocos trabajadores porque algunos escogen no entrar al mercado de trabajo -un mercado por cierto rudimentario, como él mismo lo describe- por la existencia de otras alternativas. Para analizar el problema en el largo plazo, sin embargo, yo preferiría verlo desde la perspectiva opuesta; con la causalidad invertida.⁷ Sólo la escasez de trabajadores explica la existencia de una apropiación tan laxa de los medios de producción -los recursos naturales- que hace posible a algunas personas vivir al margen del mercado de trabajo. Visto así, es irrelevante el número de estas personas para determinar la escasez o abundancia estructural de mano de obra. Mientras hubiera recursos naturales subutilizados subsistirían las condiciones para la existencia de una población flotante con inserción marginal en el mercado laboral; y en tanto la mano de obra fuera escasa, seguirían habiendo recursos naturales subaprovechados. Así se explica que pese al incesante influjo de migrantes, se mantuvieran las condiciones de escasez estructural.

Claro que los impacientes estancieros no estaban interesados en esperar que el largo plazo solucione sus problemas coyunturales, incrementando la oferta estructural de trabajo hasta saturar la disponibilidad de recursos naturales, y así evitar la competencia por el acceso a dichos recursos y a los mercados. Reclamaban soluciones más urgentes que limiten el acceso de los pobres a estas formas precarias de existencia, lo que a su vez les permitiría, suponían ellos, incrementar la oferta de mano de obra, algo siempre favorable a los

⁷ Al respecto, quisiera recordar que el concepto de causa es ante todo propio de nuestra percepción del mundo, lo que nos exige de pensar en una secuencia causal unívoca.

propietarios

Cambiando la perspectiva, nos podemos preguntar bajo qué condiciones se ingresa al mercado de trabajo en un contexto así. Una respuesta técnica sería que cuando los beneficios esperables superan los costos marginales. Del lado de los costos hay que incluir la pérdida de la libertad de hacer lo que se quiere -dentro del estrecho margen de lo posible- y la necesidad de adaptarse a la disciplina de la unidad de producción; la pérdida de los ingresos, legales o de los otros, que pudieran obtenerse por actividades en la economía informal -caza, cuatrismo, etc. Del lado de los beneficios, disponer regularmente de una pocilga y un catre donde pasar la noche, asegurar la provisión de comida, bebida, tabaco, yerba; tener una mayor protección frente a la ley y las levadas militares; eventualmente, disponer de algún metálico. Obviamente, la decisión depende fundamentalmente de la situación de cada uno y de la valorización (de ellos) de variables difíciles (para nosotros) de cuantificar, y que nos llevan al plano de las mentalidades y no al de la economía.

Sin embargo, hay que tener en cuenta que este modelo parte de supuestos que seguramente eran poco frecuentes. Básicamente, que la alternativa al conchabo fuera la vida libre en la pampa abierta. Lo que los padrones y censos sugieren es que para la inmensa mayoría de la población ese ideal gauchesco era solamente eso, un ideal; o en todo caso, un estado transitorio, breve, entre un conchabo y otro. En efecto, tal como señalamos al iniciar este comentario, esa población "flotante" de gauchos malentrenidos no es perceptible en los padrones y censos. Puede argumentarse, claro, que ello se debe a que por su movilidad era invisible a los ojos del censista. Cierto, ¿pero cuál podría ser su número para que esto fuera posible? Por otro lado, por nuestra experiencia sobre la segunda mitad del siglo, aún el gaucho nómada tenía su "querencia", su pago, y no constituían más que una mínima parte de la población de éste.

Creo que la idea de ciclo de vida puede ayudar a pensar este problema. Las sociedades de frontera son propensas a la movilidad social, y sin duda la pampeana parece haberlo sido de ambos lados del cerco de 1850. Un indicador de algunos aspectos de esta movilidad puede apreciarse en la estructura demográfico-ocupacional, tal como surge de los trabajos de Moreno y Garavaglia y sus discípulos para el período pre-1850, y de nuestras investigaciones para el posterior. Los peones eran más jóvenes y solteros, los agregados y aparceros, mayores que estos pero menores que los propietarios, y ya casados, a diferencia de los primeros. Así, esa trayectoria de ascenso social que Hilda Sabato describió en torno a la cría lanar, y con la que tantas veces nos hemos encontrado en períodos posteriores en la cría vacuna más tecnificada y en la agricultura, parece haber existido en la Pampa desde mucho antes. Puede incluirse en ella una etapa, seguramente con predominio de edades jóvenes y estado civil soltero, en que la entrada y salida del mercado de trabajo fuera más frecuente, y ligada a la subsistencia al margen de la economía formal. Por supuesto, no hay linealidad en los modelos sociales; algunos recalcitrantes persistirían en ella toda su vida, en tanto que otros recaerían allí por voluntad propia o llevados por la vida. Entre ellos, los marginales extremos, los gauchos alzados, que buscaban en la frontera un refugio a la ley. También las milicias tendían a reproducir el modelo creando desertores (aunque muchos de estos podían ser encontrados en sus pagos, cuidando sus sementeras).

Lo propio de la frontera, sin embargo, más que estos personajes extremos -por lo menos, en la segunda mitad del XIX, pero tengo la impresión que también antes- se encuentra más en la caracterización de formas atípicas de organización de la producción, y

de relaciones laborales peculiares, que en la presencia generalizada de gauchos marginales o alzados. En su reciente libro Carlos Mayo ha señalado para el período tardocolonial, en referencia al agregado, lo que estudiosos de la gran expansión hemos venido sosteniendo desde hace tiempo respecto de las formas de aparcería de épocas posteriores; se trata de tipos contractuales por los que el terrateniente apela a su recurso más abundante, la tierra, para proveerse del más escaso, el trabajo. Para Mayo, estas formas contractuales también tendrían un efecto restrictivo sobre la oferta laboral.

Una vez más, apuntando a procesos estructurales de largo aliento, prefiero ver las cosas al revés. No se trata de que estas formas contractuales generen escasez de trabajadores, sino que la segunda de origen a las primeras. Claro que las fuentes que producen los propietarios verían las cosas, una vez más, de otra manera. En las oportunidades en que necesitaban brazos y no los conseguían, mirarían con codicia al agregado del vecino, al ocupante tolerado de tierras baldías, en fin, al gaucho poco ansioso por conchabarse. Ellos hubieran preferido disponer de un ejército (por cierto, muy poco industrial) de reserva. Si la pequeña producción independiente -o más o menos independiente- era en ocasiones complementaria de la gran unidad, porque la proveía coyunturalmente de trabajo sin tener que hacerse cargo de la reproducción del mismo, en ocasiones, también podía resultar una competencia por esa escasa población de trabajadores. Y las fuentes, claro, denuncian mucho más los defectos que las virtudes.

La diversidad de arreglos que podían darse entre productores en este complejo mundo pampeano, hacen muy difícil pensar la estructura social a partir de la idea de escalones sociales que nos propone el concepto de clases. En los extremos, claro, hay estancieros de élite y peones pobres, que nadie podría dudar que pertenecen a clases distintas. Pero en el continuum que los separa hay diversas formas de agregación, colonato o aparcería que otorgan acceso a la tierra a cambio de algún servicio, también en condiciones muy variadas; hay ocupantes ilegales de tierras; hay pequeños productores independientes, propietarios o no, que trabajan para otros parte de su tiempo, u ocasionalmente; hay, por lo menos en la segunda mitad del siglo XIX, grandes propietarios de ganados sin tierras;⁸ y todas las combinaciones posibles que nuestra tenacidad en el escudriño de las fuentes nos permita encontrar.

En resumen, el trabajo era escaso no porque tal o cual estancia careciera de peones en tal o cual momento, o porque el conjunto de los peones no alcanzara para manejar la totalidad del ganado, mieses, etc., sino porque globalmente, la economía se hallaba adaptada a una subutilización de los recursos naturales por falta de fuerza de trabajo para aprovecharlos más integralmente, aún con una tecnología primitiva. Este "desequilibrio" (visto desde el modelo del capitalismo clásico) generaba la posibilidad de subsistir a través de contratos laborales peculiares, ocupando tierras ajenas, o seguramente con menor frecuencia, viviendo de forma marginal. Pero no eran estas formas de vida el origen de la escasez, ya que aunque se hubiera podido hacer efectiva la legislación restrictiva que de hecho existió, forzando a los marginales y los "squatters" al mercado de trabajo, ello

⁸ Un tipo que adquiere su expresión extrema en la frontera norteamericana del oeste en la década de 1880. con grandes empresas ganaderas operando en tierras fiscales.

tampoco hubiera acabado con la escasez laboral estructural.⁹ Esto es evidente porque, ya sea en el mercado de trabajo o fuera de él, toda la población pampeana vivía de los recursos naturales del territorio sin aprovecharlos plenamente. Y por lo tanto, en el mediano y largo plazo había una capacidad constante de incorporación de fuerza de trabajo. Ella es atestiguada por el incesante y creciente flujo migratorio. Sólo la masividad del flujo y los cambios tecnológicos resolverían el problema de la escasez, pero ya en el siglo XX.

Jeremy Adelman ha argumentado que el giro se produce precisamente con la vuelta del siglo, y es posible que tenga razón, pero sus argumentos, al menos en parte, buscan dilucidar el problema estructural a través de evidencias de coyunturas. Los datos estructurales, en cambio, no nos ayudan a ser precisos. Sabemos que la población rural de la provincia crece fuertemente entre 1890 y 1895, y en 1914 es mayor que en 1895, pero desde allí sólo tenemos unos datos muy parciales en 1938 antes del Tercer Censo Nacional de 1947. Las cifras de 1938 ya muestran evidencias de despoblamiento rural, indicio indudable de que ya no hay escasez de mano de obra. Según estos datos, la inversión de la tendencia puede haberse dado en cualquier momento durante el primer tercio del siglo XIX.¹⁰

De todas maneras, si el cese del saldo migratorio favorable y su inversión por uno desfavorable son signos inequívocos de saturación de mano de obra en el campo, no es el único indicador estructural relevante. La evidencia del nivel salarial es el apoyo más fuerte de la interpretación de Adelman. Tanto sus datos como los aportados tiempo atrás por Roberto Cortés Conde (que en ambos casos son aún muy fragmentarios y poco seguros), sugieren una meseta del salario real desde el comienzo del siglo XX. Igualmente, pareciera que a partir de allí, cerrada ya, por otro lado, la frontera pampeana, el mercado de trabajo comienza a tomar formas más rígidas, sin perjuicio de que ante desplazamientos regionales de la frontera tecnológica -por ejemplo, con la expansión agrícola del sudeste en los años 1920- reaparezcan la diversificación de las formas contractuales y la posibilidad de acceso a la propiedad.

En resumen, la escasez estructural de mano de obra es una circunstancia de largo aliento, que dura al menos hasta finales del siglo XIX, y que da lugar a diversos fenómenos; una estructura productiva adaptada a esas condiciones, un subaprovechamiento de los recursos naturales en los marcos tecnológicos vigentes (ellos, por supuesto, cambiantes), formas contractuales peculiares que favorecen la movilidad social, la posibilidad, probablemente poco frecuente, de subsistir al margen de la economía formal, y, seguramente, una muy peculiar mentalidad que se alimentaba de todos estos factores.¹¹

⁹ Además, claro, rara vez resulta eficaz legislar contra la naturaleza, la naturaleza humana, y los mercados, como lo evidencia hoy, entre muchos otros ejemplos, la infructuosa lucha contra el comercio de drogas.

¹⁰ No es este el lugar para discutirlo, pero hay motivos para suponer que puede haber sido en la década de 1920. Al menos, eso sugiere nuestro estudio de caso para Tandil.

¹¹ En esta interpretación de largo aliento me baso en numerosa evidencia, casi toda ella provista por otros investigadores, para el período tardocolonial e independiente temprano, y en no menos copiosa información, propia y ajena, para el período posterior a la caída de Rosas. En cambio, con la notable excepción del clásico trabajo de Halperin sobre la expansión de la frontera posterior a 1820, y de alguna sugerencia en recientes trabajos de Ricardo Salvatore y uno de Gelman, publicado en este mismo medio, la bibliografía que conozco sobre el período rosista no contribuye a abonar esta interpretación. ¿Se deberá ello a que aún no se ha intentado una reinterpretación profunda de la historia agraria de esos años como la que se efectuó para los períodos anteriores y posteriores? ¿O

Y aquí, quizás, valga la pena volver sobre el concepto de clase que hemos desechado más arriba, porque creo que su discusión puede resultar iluminadora. En el marxismo-leninismo tradicional las clases se definen a partir de los procesos productivos y las relaciones de producción. Como hemos argumentado, dada la diversidad de relaciones de producción en la economía pampeana, esta caracterización parece poco útil para nuestro contexto. Pero en la tradición del marxismo culturalista británico, las clases se definen a partir de la conformación de una identidad cultural. No quiero argumentar que el gaucho era una clase social, pero sí que era una identidad cultural, posiblemente gestada por las condiciones arriba enunciadas. Este tipo de personajes de frontera, cuyo arquetipo cultural más difundido hoy es el "cowboy", parece haber tenido algunos rasgos comunes en diversas fronteras de distintas épocas, y vincularse con la escasez de mano de obra y la consiguiente abundancia de recursos naturales.

Y así como la escasez de fuerza de trabajo tiene una larga historia en el Río de la Plata, la mentalidad gauchesca, y el mito del gaucho, la tienen aún más larga. Existe aquí, sin embargo, una trampa. Los clásicos estudios de este personaje, desde el antecedente sarmientino, pasando por Coni y Martínez Estrada; Rodríguez Molas y Slatta; y llegando al reciente trabajo de Carlos Mayo, todos toman la definición de gauderio de comienzos del siglo XVIII, que lo dibuja como un marginal, libertario, vago, al margen de la ley. Sin embargo, para comienzos del XIX pareciera que el término se aplica más genéricamente a los pobres rurales. El mismo Mayo, siguiendo seguramente a sus fuentes, introduce este deslizamiento de significado en su texto sin hacerlo explícito. Las fuentes de mediados del XIX, con las que estoy más familiarizado, no dejan lugar a ninguna duda de que "gaucho" es un término aplicable a cualquier trabajador rural. Si bien en ocasiones sigue guardando alguna connotación despectiva, no siempre es así. La reacción criollista a la inmigración ultramarina masiva -a la que como sabemos, rápidamente se sumaron los propios inmigrantes-, termina de lavar el término, y hacerlo aplicable a cualquier habitante de la campaña que asuma identidad criolla. Y la metamorfosis termina por ser total. En un reciente programa televisivo de divulgación cultural (Rolando Ando, emitido por el Discovery Channel), el conductor mexicano obtiene de un criollista bonaerense una definición de gaucho en la que los caracteres más distintivos son la solidaridad, laboriosidad, honradez y rectitud.¹²

Entonces, ¿qué es un gaucho? Dejando de lado su reinención conceptual posterior a Martín Fierro, creo que la evolución del término y su variado uso ilustran fundamentalmente algo: el gaucho no se define por una inserción específica en la estructura social (no digo productiva, porque la tradición lo define precisamente al margen de ella). Esta inserción era excesivamente variada y cambiante a lo largo de la vida. Y de entre ellas, la identidad atribuida se centra en los rasgos más salientes de la población rural de la campaña bonaerense, vistos desde los ojos europeos (como Azara), o de sectores sociales altos cuyos ideales de estructura social se hallan informados por modelos de ese origen.

Para quien miraba el mundo desde la habitualidad de una población rural de campesinos atados a la tierra, religiosos, metidos en un rígido sistema de dominación cultural, etc., toda

a que efectivamente ese período fue dominado por tendencias distintas?

¹² Aunque no desarrollaré aquí esta línea de reflexión, creo que sería de mucha utilidad realizar un estudio más acabado sobre esta curiosa evolución del significado del término.

la población rural de la campaña bonaerense comparte una libertad de movimiento y de pensamiento, que genera el mito del gaucho libertario. No es aquí relevante cuántos de ellos efectivamente ejercían el nomadismo, etcétera. Lo que impresiona a los viajeros y otros autores de fuentes cualitativas, es que todos los habitantes rurales formaban parte de esa cultura de la "libertad" (en relación a la sujeción del campesino europeo). El gaucho es una mentalidad no porque su cultura le aleje del mercado de trabajo o trabaje ocasionalmente, sino porque en contraste con el campesino europeo, el poblador rural de la campaña bonaerense no concibe su existencia como sujeta, sino como libre. No sólo no está legalmente sujeto a la tierra -como aún estaban muchos campesinos europeos a comienzos del XVIII-, sino que no siente por ella ningún apego (¿por qué apegarse a algo de lo que hay en tanta abundancia?). Tampoco se siente sujeto a un señor, ni siquiera a la ley. Y este es un rasgo común de toda la población rural, estuvieran o no insertos, ocasionalmente, en el mercado de trabajo. La actitud de los milicianos y desertores de la frontera bonaerense descrita por Mayo y Latrubesse, muchos de ellos productores rurales independientes que abandonan las milicias para levantar sus cosechas, ilustran cómo no hacía falta ser vago y nómada para sentirse libre de eludir la ley y el orden de formas que la mayoría de los campesinos europeos difícilmente se hubieran atrevido a hacer.¹³ Junto con el mate, el chiripá y el poncho, hubo también una mentalidad compartida por la población pampeana, de la que el gaucho alzado era sólo una expresión extrema y no su arquetipo (aunque haya sido tomado por tal).

En este contexto, el ocaso del gaucho no se da sólo porque la modernización de la estancia elimine las condiciones para la subsistencia de la "mentalidad gauchesca", sino porque en el contexto de un creciente mundo capitalista esa mentalidad deja de ser un hito cultural significativo. Es menos frecuente, pero sobre todo menos original y menos llamativa. Además, menos relevante desde el punto de vista de la vida material. Permítaseme tomar una vez más una ilustración del reciente libro de Mayo. Citando una fuente que se refiere a peones que no venían a trabajar a una estancia (que quizás les adeudaba salarios anteriores) Mayo transcribe "...sólo preguntan si ha venido plata para pagarles, y sabiendo que no han querido venir y el que ha venido con mucha desvergüenza ha respondido que no quiere trabajar mientras no se le pague". Mayo dice que la fuente exhibe la "indomable autonomía del gaucho". ¿Se justifica esta expresión sólo por no querer trabajar sin que se le pague? Nadie hablaría de "indomable autonomía" de un asalariado porque pretenda cobrar por su trabajo. Pero la fuente, que tilda la actitud de "desvergüenza", parece dar la razón a Mayo; en 1880 no trabajar si no se aseguran los salarios es desvergüenza, y la población bonaerense era desvergonzada en este sentido. Para 1880 la actitud de los pobladores sería la misma, pero ya nadie la llamaría "desvergüenza", y los historiadores no la calificaríamos de "indomable autonomía". La frontera permite una autonomía en 1800 que en la época es juzgada como rebeldía. Hacia 1870 subsiste la frontera y la autonomía, pero esa actitud ha perdido mucho de su anomalía. Hacia 1900 ya no hay frontera, y la libertad es, en buena medida, sólo aquella libertad de vender la propia pelleja, como definiera Marx al mercado de trabajo.

¹³ Pero recordemos que en Europa también existieron fronteras pobladas seguramente por gentes con una libertad mayor que en otras regiones.

Aunque seguía siendo, en buena medida, un "sellers market"¹⁴, y todavía aparecieran posibilidades de formas contractuales alternativas y movilidad social.

Por otro lado, es probable que la mentalidad fuera forjada por la frontera, pero no era dependiente de ella. Una vez creada, adquiere cierta autonomía respecto de sus condiciones de origen, y puede subsistir como un ideal, que informa al imaginario colectivo, pero que no describe las condiciones materiales de vida de la población. Y por otro lado, muchas de las costumbres y formas de vida subsistirán aún por muchas décadas, a pesar de indudables cambios en el mercado de trabajo. Hacia mediados de los años 1980 conocí un trabajador rural, de apellido italiano, que festejaba su cumpleaños, sin saber bien cuántos cumplía, cuyo mayor orgullo era haber curado los vasos de una yegua con su facón, haberla amansado, y lucirse en ella con un trote atildado. Además de haber estado en prisión por una muerte en una riña, este servicial trabajador, que sin embargo eludía las tareas que no podían hacerse de a caballo, se volvía peligroso con algunas ginebras de más. En fin, no alargaré el relato, pero más de una vez me parecía sacado de una fuente de mediados del siglo pasado. Y no sólo no pertenecía a una asociación criollista, sino que nunca se había interesado por ellas. Y este hombre, por cierto, si bien era un caso extremo, tampoco era tan excepcional. A cualquiera que conozca bien las fuentes que describen las actitudes y costumbres de la población rural pampeana del XIX, le sorprenderá la cantidad de supervivencia que encontrará en el habitante rural de hoy. Si desean, les puedo mostrar dos o tres "boliches" de Tandil donde se juntan los domingos a la mañana algunos trabajadores rurales, con ropa de "gaucho dominguero", facón con funda de plata incluido, a jugar a las cartas y a tomar una ginebra, una caña, o un vermouth (una incorporación más "moderna"). Y una vez más, no son por cierto miembros de una asociación criollista.¹⁵

Sin duda, el "concepto" de gauderio o gaucho se gesta a fines del siglo XVII o comienzos del XVIII, para describir un tipo social ideal que para fines del XVIII o comienzos del siguiente, tenía una existencia bastante más compleja que la propuesta por el modelo. Posiblemente, siempre la haya tenido, y tampoco sabemos cuál era la frecuencia de este tipo en sus orígenes, aunque podemos sospechar que no mucha. En todo caso, es el término "gaucho" el que ha sufrido una transformación, y para mediados del XIX, si no antes, se aplica de manera bastante indiscriminada a toda la población rural; está claro que para entonces describe unas costumbres y una mentalidad -hábitus, diría Bourdieu- que no terminarían de desaparecer en mucho tiempo, aunque el mercado de trabajo sufriera en el interín muchas y variadas transformaciones. Si estoy en lo cierto, entonces, la mentalidad gauchesca no fue la que provocó escasez de trabajadores, sino que más bien fue creada -o al menos, fuertemente influida- por ella. El gaucho vago, ocioso y malentretenido fue un tipo ideal, cuya existencia real no pongo en duda, pero cuyos números debieron ser más bien cortos. Y si las fuentes cualitativas nos los pintan por todos lados, es en buena medida porque compartían su mentalidad con toda la población rural; simplificando, mi respuesta a la paradoja con que abrí este trabajo, sería que todos eran gauchos, pero pocos los que ejercían.

¹⁴ Mercado favorable a los vendedores.

¹⁵ Tengo la impresión, sin embargo, que desde 1981 -año en que llegué a Tandil- hasta hoy, el ritmo de cambios se va acentuando. Si la "modernización" no terminó de matar al gaucho, como sugería Slatta, quizás lo haga la globalización.